

efecto; repiten los golpes, ya no casualmente, sino á propósito; y advirtiendo el mismo efecto, le arriman algunas materias inflamables, y prendiendo en ellas el fuego, lo conservan para sus menesteres mucho tiempo. Prosigamos con otras demostraciones de esta verdad. Juntanse otros indios comarcanos contra ellos: conocen los iroqueses su inferioridad, y que no pueden por sí solos resistir al mayor poder de sus enemigos. ¿Qué hacen entónces al ver amenazada su vida, su libertad, sus mujeres y sus hijos? Buscan amigos que sostengan con ellos tan preciosos intereses; unen sus fuerzas á las suyas, y con el auxilio de sus aliados resisten á las fuerzas de sus enemigos. ¿Y qué diré de las ideas que ellos tienen de lo justo y de lo injusto, de lo honesto y de lo impuro, del vicio y de la virtud? Decidles que un hijo se entregó libremente por esclavo para sacar de cautiverio á su padre anciano y enfermo, que gemia en un calabozo, y que una madre se abalanzó valerosamente contra un lobo ó un leopardo, que le habia arrebatado de su lado á un hermoso-hijo pequeño que tenia; que ella tiraba de su niño, y el lobo la mordía; que ella gritaba y el leopardo apretaba los dientes en la criatura; pero que al fin la madre libró á su niño, aunque maltratado, ensangrentado y herido; habladles de estas cosas, y vereis correr las lágrimas de sus ojos por sus mejillas, mostrando un rostro enternecido y una alma llena de sensibilidad. Preguntadles, ¿si es permitido ser infiel á las promesas y contratos, hacer traiciones á los amigos y bienhechores, invadir sin causa las posesiones de los prójimos, hurtarles sus frutos, negar el socorro á los que nos han dado la vida y se hallan necesitados? Preguntadles estas y otras cosas á este tenor, y vereis sobre su semblante la indignacion y el enojo, que con una elocuencia natural detesta todas aquellas malas acciones. Luego es evidente y sensible que hay en los hombres, aún cuando se les suponga bárbaros y groseros, una alma inteligente que preside á sus movimientos, que refiere los medios á sus fines; que valúa la suma de las fuerzas y de las resistencias; que por lo presente mira lo porvenir; que se aprovecha de los descubrimientos y los perfecciona; que conoce más objetos que los materiales y sensibles; que tiene nociones bastante claras del vicio y de la virtud, y que vela con mayor ó menor cuidado en la conservacion de su cuerpo. ¿Habrà hombre tan ciego de entendimiento, que en todas estas operaciones no perciba un alma inteligente, una sustancia espiritual, que conoce, que calcula, que combina, que aborrece el vicio y ama la virtud? Una alma, no compuesta de partes mensurables y extendidas como la materia, y terminadas por sus fases ó sus ángulos, sino intelectiva,

que excluye necesariamente la circunscripcion y mensurabilidad; una inteligencia, que para sus actos no necesita, como el cuerpo, pasar de un espacio á otro con el local movimiento, sino con sus potencias gira maravillosamente, sin apartarse de un sitio, por todos los del cielo, de la tierra y los abismos; una alma que escala el firmamento, y examina el número y grandeza de sus estrellas, calcula la velocidad de sus movimientos, determina el tiempo necesario para sus diurnas, mensuales y anuales revoluciones ó círculos; que fija con toda certidumbre los momentos en que deben verificarse los eclipses del sol y la luna y mide sus asombrosas distancias; una inteligencia, que penetrando sin fatiga por las duras entrañas de la tierra, mide su diámetro, describe su circunferencia, examina sus producciones y se aprovecha de sus riquezas y sus frutos; una alma, en fin, llena de grandes y magníficas ideas, superiores á todo el alcance de los sentidos; ¿no será una alma espiritual? Sí, hijos míos; espiritual es nuestra alma; esencialmente distinta de la materia, á la que no es posible formar ideas de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, de la virtud y el vicio, ni sacar consecuencias de lo pasado para lo presente y de éste para lo futuro. Sí, carísimos, espiritual es nuestra alma, incapaz de partes, de extension, de modificaciones ó configuraciones cuantitativas, que solo corresponden á la materia, no al espíritu ni á las sustancias inteligentes. Dad gloria á Dios, porque ha criado espirituales vuestras almas; dadle honor, culto y reverencia, porque las ha criado para un fin dichoso que durará por toda la eternidad. No lo dudeis, cristianos míos, porque ellas son inmortales, son indestructibles y durarán á la par del Sér eterno. ¡Qué consuelo para el virtuoso! ¡qué causa para llenar de horror á los pecadores! ¡Un alma eternamente feliz, ó eternamente desdichada! Nosotros así lo creemos; pero no lo creen los materialistas, y es menester probárselo irresistiblemente.

2. He dicho, cristianos oyentes, y lo vuelvo á repetir, que nosotros creemos la inmortalidad de nuestras almas, y que no dudamos ni podemos dudar de esta verdad, que nos enseña nuestra santa Religion como un artículo fundamental é infalible. Pero aunque creamos esta verdad con una fe divina, se nos obliga á probarla como filósofos por la razon humana. Esto es tanto más necesario en nuestros tristes dias, cuanto los materialistas se empeñan en impugnarla. Debemos pues decirles, para evitar toda equivocacion, que distinguimos dos suertes de inmortalidad. Una esencial, y natural la otra: la primera, es una necesidad absoluta de existir, nacida de la esencia misma del sugeto en quien se halla, y á quien le repugna esencialmente la no

existencia. Esta inmortalidad se halla en Dios, y solo en Dios, que es el que es, el que existe por sí mismo, y á quien le repugna esencialmente no existir. La inmortalidad natural es una exigencia de conservacion perpétua nacida del sugeto en que se halla, que aunque absolutamente sea de una naturaleza destructible para el poder del Omnipotente que la sacó de la nada, no hay causa fuera de Dios, ni intrínseca ni extrínseca, que pueda destruirla; y esta es la inmortalidad de nuestras almas. También les debemos decir, que todas las cosas han sido criadas para algun fin: ellas han sido sacadas de la nada por una causa infinitamente sabia, omnipotente y santa, que todo lo colocó en el orden, disponiéndolo todo en número, peso y medida, no por acaso, por capricho ó entretenimiento, sino para el cumplimiento de su adorable providencia; y siendo el hombre la criatura más perfecta, y á quien dió el dominio de las aves del cielo, de los peces del mar, de los animales del campo y de los frutos de la tierra, no era posible que le criase sin algun fin, cuando lo tenían todos los otros seres tan inferiores al hombre. Es imposible que el entendimiento pueda concebir, que el hombre no está destinado para alguna cosa grande, razonable y justa, cuando le considera criado á la imagen y semejanza de Dios. En efecto; el destino y fin del alma del hombre es conocer lo verdadero, amar lo bueno, animar y gobernar su cuerpo. En la muerte pierde su último fin ó destino, porque deja y desampara su cuerpo con quien vivía; pero conserva los otros dos, que son esenciales é inherentes á su naturaleza, y por lo mismo son los dos fines principales. Dios es la verdad; debe el hombre conocerla: Dios es la bondad por esencia, la bondad eterna é infinita; debe el hombre amarla. Ved cómo nos reducimos á los primeros elementos de la doctrina cristiana enseñada en nuestros catecismos, cuando en ellos se nos pregunta: ¿para qué fin fué criado el hombre? Y respondemos: para conocer y amar á Dios en la tierra, y verle y gozarle en el cielo.

No omitamos el recordar á los materialistas otras verdades, que ellos no ignoran y confiesan; conviene á saber, que una cosa puede perecer, ó por descomposicion, ó por anonadamiento ó aniquilacion. Todo cuerpo animal, todo cuerpo vegetal y todo cuerpo mineral perecen por descomposicion; separándose y disolviéndose las partes que componian el todo estando unidas, y desde que se disolvieron y separaron, ya se acabó, ya no existe aquel todo que ántes habia. Por el exceso de las lluvias rompe un caudaloso rio las márgenes que lo ciñen, y corriendo impetuoso por los campos, derriba todos los edificios que encuentra. Buscan los moradores sus casas, despues que las

aguas volvieron á su cauce, mas no las encuentran. Pues qué, ¿se aniquilaron? Nada ménos: allí encuentran los techos en el suelo, las tejas quebradas, las maderas hechas pedazos, las paredes caidas y todas las demás partes de que se componia la casa; pero separadas, pero desunidas, pero dislocadas de su sitio: por esta separacion no existe ya la casa. ¿No veis aquí cómo perecen las cosas compuestas de partes, por la separacion y descomposicion de las partes que las componian? Evidentemente. Pues pasemos adelante, y digamos que por aniquilacion perecen las almas de los brutos, sumergiéndolas el Criador en la nada de que las habia sacado, luego que faltó el fin para que las habia criado, que era vivificar y mantener su cuerpo por cierto y limitado tiempo. Dios es un sér sabio, justo y santo; un sér que nada hace acaso, nada hace en vano, nada inútil. En vano seria conservar el alma de los brutos, inútil seria mantenerla, no teniendo ya fin alguno que llenar. Su fin era mantener y vivificar el cuerpo de los brutos; perecieron éstos, y aniquilóse aquélla; y ved cómo la razon humana va descubriendo por principios innegables la inmortalidad de nuestras almas, porque teniendo éstas, despues de la muerte de su cuerpo, un fin grande é importantísimo que llenar, como es el conocer á Dios y amarle por todos los siglos, deben existir eternamente; sin que podamos hallar razon que exija su destruccion, ni de parte del cuerpo, ni de parte de la misma alma, ni de parte de Dios. En efecto; para que el alma del hombre pereciera por parte del cuerpo, era menester que cuando el cuerpo perece por la corrupcion y separacion de sus partes, corrompiera y separara también las partes del alma; mas como ésta, por ser espiritual, carece de partes, y es una sustancia simplicísima é indivisible, le repugna esencialmente la corrupcion y separacion de las partes que no tiene. Luego, por parte del cuerpo, es imposible destruir la inmortalidad del alma. ¿Y habrá alguna razon por parte del alma? Veámoslo. Para que una cosa se corrompa ó perezca por sí misma, ha de tener en su misma naturaleza algunos principios ó constitutivos opuestos, que se combatan y choquen por sus contrarias cualidades, las cuales con el uso se van debilitando y disminuyendo sus fuerzas, y al fin llegan á faltar; y como el alma racional es intrínsecamente incapaz de estas cualidades contrarias, repugna á su naturaleza indivisible y simplicísima contener principios opuestos ó constitutivos, que mutuamente se combatan y destruyan. Ella se acuerda de lo pasado, ella reflexiona sobre lo presente y futuro, ella quiere ó no quiere, ella elige libremente estos medios ó los contrarios, segun que le acomodan. ¿Dónde hallaremos en la naturaleza ó sustancia del alma espiritual é intelec-

tiva principios de corrupcion? Y si no los encontramos de parte del cuerpo, ni de parte del alma, ¿los hallaremos de parte de Dios? De ninguna suerte: Dios no destruye sus obras, sinó despues que han llegado al término y fin para que las crió; y como el fin y término para que crió nuestras almas, es para no tenerlo, sinó para que conociendo á Dios, obedeciéndole, sirviéndole y amándole, miétras vivian en la union con su cuerpo, le viesen, conociesen, amasen y gozasen eternamente despues de la separacion de su cuerpo; repugna á la justicia y santidad de Dios, que destruya y aniquile la mayor obra de sus manos ántes de llegar al fin para que la crió. ¿Qué cosa más inútil, más falsa, ni más absurda que la venida de Dios al mundo para salvar las almas de los hombres, si éstas perecen con su cuerpo? La vida de Jesucristo, su pasion, su muerte y resurreccion, todo es una fábula, si nuestras almas no son inmortales. Sus milagros son fingidos, sus apóstoles unos impostores como él y su religion es un fantasma: los mártires son unos frenéticos, los sacramentos de la Iglesia un embuste; y en suma, si mi alma perece para siempre en la muerte de mi cuerpo, toda verdadera Religion se destruye, y hasta el mismo Dios no existe. Sí, cristianos míos muy amados, hasta este delirio frenético es forzoso llegar con el pensamiento, si se destruye la inmortalidad de nuestra alma. Dios no sería Dios, si Dios no fuese justo. El entendimiento más estúpido no puede concebir á Dios, sinó como un sér en todo perfecto. ¿Pues dónde está este Dios justo, que llena de amarguras, de pobreza y trabajos á los virtuosos en esta vida, si no hay otra despues en que se recompensen las buenas obras? La maldad triunfa, el vicioso nada en la opulencia y las delicias: ¿dónde está la justicia y santidad de Dios, si no hay otra vida en que aplicarle el merecido castigo? ¡Dios sin providencia! ¡Dios sin justicia! ¡Dios sin santidad! ¡Oh razon humana! avergüenzate, horrorízate á la vista de los espantosos extravíos á que te conduce la corrupcion del corazon! Santidad de Dios, justicia de Dios, providencia de Dios, yo os confieso, yo os alabo, yo os publico desde el Oriente al Occidente, y desde el Septentrion al Mediodía, porque Dios ha criado mi alma libre, inmaterial, espiritual é inmortal, para que obre con mérito la virtud, ayudada de su gracia; para que elija el bien y me aparte del mal con la esperanza del premio; para que conozca lo verdadero y ame lo bueno; para que entienda mi nobleza, mi preciosidad y mi destino; para que tema el castigo del vicio y espere el premio de la virtud, aún más allá de los horrores del sepulcro. Vos, Dios mio, habeis impreso en mi alma estos deseos, estos temores y estas esperanzas: si mi alma fuera mortal

como mi cuerpo, ¿no serian todos ellos una vana quimera, y vos un engañador injusto? Sí, Dios mio, Dios bueno, Dios omnipotente y santo; solamente siendo vos un injusto impostor, podrian haber creido los romanos, los griegos, los egipcios, que habia un lugar destinado á suplicios para los malos, y unos campos Eliseos llenos de delicias para los buenos, más allá de la muerte de los cuerpos. Unicamente siendo vos un engañador torpe, podrian haberse persuadido los indios, los chinos, los mahometanos, los judíos, los cristianos y todas las demás naciones, que las almas eran inmortales. Este grito, este sentimiento, este idioma de la naturaleza humana, constante y uniforme, que ni los años debilitan, ni la diversidad de religiones destruye, ni la diferencia de naciones y pueblos aniquila, ¿no es la voz de la verdad? Si ésta no lo es, ¿qué otra podrá presentar pruebas más irresistibles?

Confesémosla nosotros, cristianos míos, postrados delante de la majestad del Dios de los dioses, del Rey de los reyes, del Señor de los señores, y del principio y fin de todas las cosas: confesémosla, y adoremos á Dios, uniendo nuestra adoracion á la de todos los espíritus y bienaventurados del cielo y á la de los justos de la tierra: confesemos que hemos recibido del Señor una alma libre, espiritual, indestructible é inmortal; adorémosle por tan gran beneficio, y convidemos al cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres á bendecir su santo nombre.

Venid, y alegrémonos delante del Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador: presentémonos delante de su divino rostro confesando su gloria, y alabémosle con himnos y salmos. Dios es gran señor; Dios es rey grande sobre todos los dioses; Dios no desechará el pueblo que le adora, le sirve y obedece, á quien redimió obrando su salud en medio de la tierra. Temámosle, porque es justo; amémosle, porque es bueno; humillémonos en su presencia, porque es omnipotente; veneremos su rectitud y sus juicios, porque es sábio; y conformemos nuestra voluntad á la suya, porque es santo y bendito en los siglos de los siglos. Amen.